

colaboración interdisciplinar entre investigadores ocupados desde distintos puntos de partida por un fenómeno tan poliédrico y multidimensional como es el nacionalismo, en este caso en su expresión vasca.

En fin, quien se anime a transitar de principio a fin esta obra se encontrará, sin duda, en una disposición inmejorable para posicionarse ante la paradoja abierta por Marx, según la cual todos los grandes hechos de la historia universal se repiten dos

veces: una vez como tragedia y otra como farsa. Los autores no optan explícitamente por ninguno de los extremos de la dicotomía, ni por ningún tercero. Ahora bien, aportan los argumentos necesarios para que el lector o lectora se forme su propio juicio al respecto y, de paso, comprender un poco mejor los hechos de hoy a partir de los sucesos de entonces.

JESÚS CASQUETTE

Rafael del Águila,
La senda del mal. Política y razón de Estado,
Madrid, Taurus, 2000

Una de las características del ciudadano occidental en esta época llamada post moderna es su adhesión al «pensamiento impecable»: demanda de seguridad, libertad individual y prosperidad económica sin coste alguno; de derechos sin deberes y de nuevas tecnologías al servicio de la gratuidad de la vida y de la asepsia en la enfermedad, la vejez y la muerte. Este ciudadano impecable, tal como describe Rafael del Águila, tiende a creer en la profunda armonía del mundo político que garantiza que «sus decisiones en tanto que ciudadano son siempre acertadas, miran al bien común, son justas y moralmente irreprochables». El ciudadano impecable, tanto en su versión de «izquierdas» o de «derechas», re-

chaza las tensiones, los dilemas o las escisiones que constituyen el quehacer político y se niega a enfrentarse con esa «senda del mal», en la que espera agazapada la terrible «razón de estado», de cuyos argumentos hemos tenido, sin embargo, cumplida noticia en los últimos años, tanto en el ámbito nacional como en el internacional.

Decidido a indagar el alcance y la persistencia de tan temido concepto en el pensamiento de Occidente, el profesor del Águila, Catedrático de Ciencia Política de la Autónoma de Madrid, dedica los capítulos iniciales de su obra a trazar una breve historia de la razón de estado a partir de quien se suele considerar como su creador: el deñostado Maquiavelo. Su análisis

de los presupuestos básicos del pensador florentino constituye una de las aportaciones más sugerentes del libro, a pesar de la gran cantidad de literatura existente sobre el tema. Según su lectura, Maquiavelo no sería tanto el primero en justificar ciertas excepciones a los principios morales vigentes por estrategias de orden político, algo que ha existido siempre, como el autor que supo explicar de manera más lúcida y coherente la escisión inevitable que se produce en *cualquier* orden político entre una ética individualista y de principios y una ética de carácter político y de consecuencias. El resultado de tal reflexión abrió en Occidente una herida, «la herida maquiaveliana», que los siglos posteriores han tratado de cerrar a toda costa para restablecer la deseada armonía en el mundo político, que Maquiavelo había destruido.

Esta búsqueda de la unidad perdida habría pasado por el establecimiento de un orden superior que trasciende a los avatares políticos circunstanciales y que dota de coherencia y de sentido a la acción política, incluso cuando la *necesidad* obliga a adentrarse excepcionalmente en la senda del mal de la razón de estado. Los hitos de esta búsqueda son bien conocidos: la religión y la ley divina primero, la razón y la moral universal de raíz ilustrada después y, ya en el mundo contemporáneo, la nación, el socialismo o la primacía fascista de la raza. To-

das estas construcciones, que el autor sabe manejar no solo en su desarrollo cronológico sino también como una herencia presente en nuestros conflictos y dilemas políticos de hoy, dan lugar a lo que del Aguila denomina «el pensamiento implacable», que convive con la inocencia democrática del ciudadano impecable, y que no duda en justificar las violaciones de leyes y derechos en nombre del fanatismo religioso o nacionalista.

¿Cómo hacer frente a la vez a la implacabilidad y a la impecabilidad? ¿cómo volver a vincular la ética con la política, la justicia con el bien común? Haciendo una lectura democrática de las razones de Estado, es decir trasladándolas al juicio ciudadano. Básicamente, y en un apretado resumen, se trata de diseñar unas razones de orden político que no pueden ya basarse, como se pretendió en otros siglos, en un saber cierto, originado en la razón o en la ciencia, sobre cómo reconciliar los conflictos y las escisiones de nuestra forma de vida, y que no pueden ampararse tampoco en un orden superior de legitimidad. No podemos aspirar más que a «procesos deliberativos que inclinen a nuestro juicio político en una u otra dirección», sin tener nunca la seguridad de acertar, y asumir después la responsabilidad de nuestras decisiones. Se trata en definitiva de aceptar el dilema trágico que entraña toda convivencia política, elegir y pagar el precio, en

la confianza de que, a pesar del desgarro y del castigo, estemos construyendo un mundo menos cruel.

Lo que en los capítulos centrales del libro ha sido un recorrido histórico por las razones que avalan el uso de la razón de estado adopta decididamente, en su tramo final, el estilo del ensayo político con el que se abre la obra. Las propuestas del autor se enmarcan en un deber ser que no carece de rigor y de vigor reflexivo, recorriendo con gran sabiduría interpretativa los principales temas y autores de la filosofía política contemporánea, pero suscitan numerosos interrogantes y obligarían a un posterior y más amplio análisis sobre el funcionamiento normal de las democracias que, sin embargo, parece dejarse para otro momento. Poco o nada se dice sobre la manera y las condiciones reales en que puede expresarse y canalizarse ese juicio

ciudadano que se reclama, ni cuál ha de ser su ámbito o su representación. El ágora de las polis griegas, donde deliberaban aventajados discípulos de Protágoras sobre lo más conveniente para la vida ciudadana, desapareció hace ya muchos siglos. Las modernas democracias representativas llevan sus discusiones, en el mejor de los casos, al Parlamento, pero muchas cosas deben cambiar para que esta institución pueda asumir la dimensión trágica de la política. Pero quizá pueda bastar por el momento esta reflexión —que el autor considera «contra corriente»— para llamar la atención sobre la necesidad de aceptar los costes de la autonomía individual y de una auténtica libertad política.

MARÍA LUISA SÁNCHEZ-MEJÍA

José Luis Villacañas Berlanga,
Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España,
Espasa Calpe. Madrid, 2000

Catedrático de Historia de la Filosofía en la Universidad de Murcia, José Luis Villacañas Berlanga es autor de una larga serie de libros cuya temática fundamental es la interpretación de la modernidad desde una óptica weberiana. En esta obra, se propone «con independencia y voluntad de objetividad, releer

al ideólogo más importante de la derecha española de este siglo; el único que recorre con un hilo secreto el inicio del siglo xx hasta el final del franquismo». A la hora de perfilar su método de análisis, Villacañas se basa en la teoría weberiana de la modernidad como separación de las diferentes esferas de acción